

Por los caminos de la memoria... La construcción social de la identidad de víctima.

By the ways of memory ... The social construction of victim identity.

Por: Juan David Villa Gómez¹

Recibido 02/11/2015 – Revisado 22/12/2015 – Aceptado 28/12/2015

Resumen.

Quiero compartir en este texto para la revista Kavilando, algunas lecciones y reflexiones, en borrador todavía, y que todavía me producen algo de escozor al nombrarlas, porque parten de algunas escenas que les voy a compartir, vivencias en el último tiempo de mi trabajo en la ciudad de Medellín con organizaciones de víctimas de Medellín y de Antioquia. Estas escenas, creo yo, nos deben poner a pensar, desde los movimientos sociales y desde los procesos de defensa de los derechos de las víctimas, puesto que es fundamental revisar algunos procesos, formas, procedimientos a través de los cuales el discurso de las víctimas en Colombia y toda la parafernalia que se ha construido en relación con la memoria histórica, se podría convertir en una forma más de control de la población, de desactivación de procesos sociales y políticos, de fracturación y ruptura del sujeto político.

Palabras clave. Memoria, víctimas, identidad, resistencia.

Abstract.

I want to share in this text for the magazine Kavilando, some lessons and reflections, still in draft, and that still produce something of stinging to name them, because they start from some scenes that I will share, experiences in the last time of my work in The city of Medellín with organizations of victims of Medellín and Antioquia. These scenes, I think, should lead us to think, from the social movements and from the processes of defense of the rights of the victims, since it is fundamental to review some processes, forms, procedures through which the discourse of the victims In Colombia and all the paraphernalia that has been built in relation to historical memory, could become a form of population control, deactivation of social and political processes, fracturing and rupture of the political subject.

Key Words. Memory, victims, identity, resistance.

¹ Psicólogo, Magister y Doctor en cooperación internacional al desarrollo. Docente / Investigador Universidad de San Buenaventura – Medellín. Contacto: juand.villa@usbmed.edu.co

Deconstruyendo un imaginario que se ha cristalizado.

Lo primero es problematizar una premisa que se ha hecho un lugar común: “Memoria igual sanación, igual paz, igual reconciliación, igual transformación”; no porque la memoria no tenga esa posibilidad que la tiene, sino porque eso se ha simplificado en nuestro contexto, por la manera en como se ha cristalizado la forma de hacer memoria en nuestro país y en ese sentido me parece muy importante que lo podamos reflexionar. Además, como la construcción de memoria histórica es uno de los ámbitos como se está materializando la reparación en el marco de la ley 1448 de 2011, como medida de satisfacción, se asume acríticamente que cualquier proceso de memoria, y cualquier forma de realizar llevará consigo a la satisfacción de las víctimas, a la reparación de las mismas.

Voy a recoger cuatro imágenes que nos pueden poner en contexto para luego profundizar desde una perspectiva teórica, ética y política en lo que implican algunos procesos de reconstrucción de memoria que pueden estar conduciendo a un camino que fortalece la construcción social de la identidad de víctima, mucho más que a la reconstrucción de un sujeto político de derechos, tal como lo presenté en un artículo anterior en esta misma revista, sobre el papel de la memoria en el fortalecimiento de la subjetividad política (Villa, 2013a)

Primera Imagen.

Esta imagen tiene varias escenas: en talleres con organizaciones de víctimas uno de los temas que se aborda es el trabajo con las historias de vida de los y las participantes, desde una perspectiva que incluya todos los elementos de sus vidas. Sin embargo, cuando nos encontramos en esos espacios de intervención, pero también en procesos de investigación sobre este tema, nos encontramos con una plantilla narrativa: “*Yo era feliz*”. Es decir, hay un pasado idealizado.

Se experimenta el “antes del conflicto” como un “paraíso perdido”, un escenario de paz,

tranquilidad y felicidad que ya no se recuperará. Se mitifica el pasado a la luz de la situación precaria y de dolor intenso en el presente. De esta forma el hecho violento padecido se convierte en un momento de división radical entre un antes y un después: un antes idealizado lleno de felicidad y un después que trajo la tragedia y el dolor; un antes pletórico y bucólico... (Villa, 2014a, p. 181).

La familia, la comunidad, la vida personal se describen en el proceso narrativo como escenarios carentes de conflicto, donde, al parecer, no existirían contradicciones de ningún tipo. Luego viene un acto violento contra la persona y su familia, y pareciera que es en ese momento cuando la violencia empieza a existir, porque pareciera que la persona era feliz o que había un espacio vital pleno, y cuando llega la violencia esta destruye todo ese “paraíso” en el que se vivía. Quiero resaltar el efecto retórico que esto tiene, tanto en la audiencia, como en quien habla. La contraposición y la contradicción es radical y abismal. Desde este punto de vista la vida anterior al hecho violento y la posterior, se hacen inconmensurables, y el hecho se convierte en la fuerza que arroja al sujeto por ese abismo.

No quiero desconocer el dolor y el sufrimiento que los hechos de violencia política, las violaciones de derechos humanos y las consecuencias del conflicto armado han generado en las víctimas. He recogido en varias investigaciones y en otras publicaciones este proceso (Cfr. Villa et Al. 2007; Villa 2013b, c; Villa 2014a, b; Villa, et. Al, 2015, Villa, 2016), reconozco las consecuencias en los diversos niveles. Pero cuando ahondamos en el relato y en el discurso que se ha venido cristalizando y tipificando en Colombia, nos encontramos con este abismo en la interpretación narrativa de la experiencia. Esto deja a la gente en el marco de sus propias representaciones en un lugar de mayor vulnerabilidad. Por dos razones: porque se desconocen las múltiples contradicciones que se vivían antes de estos hechos: las violencias en la familia, los maltratos en las relaciones, la pobreza histó-

rica de las comunidades y de la inmensa mayoría de las personas que han sido víctimas del conflicto armado; las dificultades para sobrevivir, para comercializar los productos en el campo, las exclusiones sociales y políticas, las carencias en salud, en educación, etc. Es decir, la narrativa de memoria centrada en los procesos de violencia directa y física consecuencia del conflicto armado, terminan por solapar los procesos de violencia estructural y cultural (Galtung, 1998) que ha vivido la inmensa mayoría de la población en nuestro país.

En esta construcción de la memoria, la violencia existe si y solo si, cuando toca al sujeto o a su familia. La existencia de violencia solamente se constata con la afectación directa; de lo contrario suele pasarse por alto o desconocerse. Es algo que les ocurre a otros, quizás con razón; de allí que mantengamos un imaginario colectivo en el que “si le pasó, por algo sería”, es decir, se sigue pensando que, si bien hay violencia, ésta solamente ocurre en otro lugar, a otras personas; por lo tanto, a las “personas de bien” no tendría por qué sucederles. Así pues, según Villa (2014a)

La mirada idealizada del pasado, el no tener conciencia de una historia de violencia en el país, en la región, en el departamento, pasa incluso por una mirada que es como si antes no hubiera una historia, sino un mito... Un mito idealizado, paradisíaco, feliz, que se pierde cuando llega aquello que golpea, sea en el momento que sea, la violencia y la propia historia parece que comienzan el día que esa “violencia” toca. En el relato de la gente los problemas empiezan a producirse y la situación a cambiar cuando fueron directamente afectados por la violencia: “...las historias mías comenzaron en 1995, cuando desaparecieron al primer hermano mío...” (p. 183)

El tercer elemento es la consecuencia del hecho: ¡la desgracia! Suele venir el relato de la desgracia. Es evidente que hay un sufrimiento, obviamente no estoy diciendo que eso no es válido, eso es cierto, la desolación, la postración de la gente (Villa, 2013a, 2016). Pero pareciera que el sentido

vital empieza a girar en torno de estas escenas. Así se constituye una plantilla narrativa (Castillejo, 2007, 2008; Hamber, Nagen & O'Malley (2000), Hamber & Wilson, 2002; Hamber, 2011; Adrews, 2005) donde parece que la gente cuenta lo que los investigadores e instituciones quieren oír. Todo empieza y termina en el hecho victimizante, lo que puede ir configurando una identidad, puesto que siempre nuestro yo se construye narrativamente (Gergen, 2005; Ricoeur, 2006) y la memoria es fundamental en esta configuración.

Esta es la primera imagen, que se ha convertido en un relato muy repetitivo en la gente que ha padecido los rigores de la violencia, tanto en los procesos de acompañamiento en los que he participado, como en las investigaciones que vengo realizando (Cfr. Villa & Insusasty, 2015, 2016a) aparece con mucha fuerza ese lugar donde se refuerza la identidad de la víctima; y eso nos debe generar una pregunta. La pregunta que a mí me genera inicialmente sobre la necesidad de indagar por los procesos de algunos colectivos, localidades, personas, familias y organizaciones que han generado resistencias muy fuertes a estas lógicas y han constituido otro tipo de relatos que deben ser rescatados y escuchados (Viila & Insuasty, 2016b), tal como lo proponen Martín-Beristain (2009), Barrero (2006), entre otros. ¿Dónde están los otros elementos de la vida? ¿Por qué solamente se hace consciencias de la violencia y de la guerra cuando esta aparece en la vida subjetiva? ¿Por qué pasa casi desapercibida, mientras no “toque” a las puertas de la propia historia? Estas preguntas intentaré profundizarlas más adelante.

Segunda Imagen.

Municipio de San Carlos, estuvimos durante año y medio realizando una investigación y una de las categorías que nos aparece en la investigación es la de *representación social del imaginario que tienen las víctimas sobre sí mismas*, la imagen es esta, veámosla en estos dos testimonios:

A todas las cosas de víctimas la gente lleva un costal ¡hasta yo! Hacía allá es donde apunta

la reparación, la gente ya cuando les hablan de reparación, de memoria, de víctimas lleva un costal, llevan a todos para ver qué les van a dar, a la gente la acostumbran a esa parte, el mismo Estado"... "No me hagan daño para que no me tengan que dar limosna, pero el estado te da limosna para disimularle el daño, entonces vuelve la burra al trigo. Nos volvieron limosneros para que los gobernantes pudieran hacer lo que quisieran y en seguida para que otros organicen su vida y tengan empleo. Vienen me dan la limosna y en seguida me dicen que venga y abra el ojo (Villa & Insuasty, 2015, 2016a).

¿De dónde viene esta imagen de las víctimas de la violencia política que van ocupando un espacio en el imaginario social, que los liga a la mendicidad, la vulnerabilidad, la desprotección o como ellos mismos están diciendo en los dos testimonios referidos, como "Limosneros"? ¿Cómo se ha venido construyendo esta representación, esta imagen?

La primera vez que expuse esta imagen, algunas personas reaccionaron porque pensaron que estaba vulnerando la dignidad de las víctimas. En el foro donde esto sucedió tuve que aclarar que no se trata que yo piense eso de las personas afectadas por el conflicto armado; sino que ellas mismas, en el modo de relación que estaban estableciendo con las instituciones, especialmente en el marco de la ley 1448 de 2011, estaban asumiendo un papel de subordinación en relación con la lógica con la cual el Estado estaba desarrollando esta propuesta. Un lugar que desarticula algunas de las posibilidades resilientes y resistentes que incluso han desarrollado y que les coloca en un lugar de dependencia en relación con una lógica asistencial que mantiene en espera constante y en una permanente promesa a la gente, que debe acatar las formas, procesos y dinámicas de las instituciones si se quiere acceder a ciertos beneficios: ayuda humanitaria, indemnizaciones, auxilios para vivienda, etc. En la misma investigación (Villa & Insuasty, 2016b) se evidencia cómo los procesos de reparación y memoria desarrollados desde intervenciones estatales están limi-

tando las posibilidades de autonomía, autodeterminación y resistencia de las comunidades.

Tercera Imagen.

En un proceso de formación de líderes y lideresas afectivos/as de las organizaciones de víctimas en la ciudad de Medellín donde trabajamos año y medio aparecen situaciones como esta: El proyecto concebía un proceso de formación en 30 talleres de capacitación para el acompañamiento psicosocial a víctimas del conflicto armado, a través de la metodología de los grupos de apoyo mutuo. Había un almuerzo durante el día de formación, pero por razones de financiación no fue posible dar refrigerios ni otros elementos que le faltaban al proyecto. Por esta razón, la gente sale con este discurso, dicen: *"Los vamos a demandar porque nos están violando los derechos humanos"*, *"ustedes se están malgastando la plata del proyecto"*, *"No continuamos en el proceso hasta que no haya refrigerios y transporte para los grupos de apoyo"*, *"ustedes están abusando de nosotros"*. ¿De dónde acá si no hay refrigerio o no se puede financiar un transporte o unos materiales, es violación de los derechos humanos? ¿De dónde acá se monta este discurso que parte de una demanda, de una queja y que no comprende propiamente la subjetividad de derechos y donde pareciera que todo tiene que ser dado (regalado)?

Si se puede observar, esta escena está en relación con lo que plantean las víctimas de los grupos que hacíamos en San Carlos: *"nos estamos convirtiendo en limosneros"*. Es una cuestión muy fuerte, los refrigerios, los pasajes; en el proceso para su formación hacían grupos de apoyo y algunos decían que estaban siendo explotados laboralmente; es decir, un discurso donde casi siempre se está en un lugar de desconfianza absoluta frente al otro y un lugar que es complejo para desarrollar procesos de acción, de intervención y de transformación de esa realidad.

Podría pensarse que se ha logrado un empoderamiento, que la gente lucha por sus derechos, por un lugar de visibilidad y de autodeterminación; sin embargo, parecía una caricatura de todo ello, porque en realidad, con un discurso "pseudo-ju-

rídico”, invocando todas las normas constitucionales y de las diversas leyes sobre el tema (la 387 de 1997, la 975 de 2005, la 1448 de 2011, entre otras) se invocaba una violación a su dignidad, a su integridad porque no había un refrigerio, mientras que todo el proceso de formación estaba dirigido a transformar su condición de víctimas, para asumir un lugar de ciudadanía y subjetividad política, atravesando la elaboración del dolor, la dignificación de su historia, el reconocimiento del lugar social y político, la importancia de reconstruir el tejido social desde abajo. Una anécdota alucinante y una caricatura del sujeto político empoderado que lucha por reivindicar sus derechos y trabajar por la justicia y la equidad.

Cuarta Imagen.

Esta me parece la más dura y la más difícil. En el municipio de Granada una de las organizaciones de víctimas del municipio que ha sido de las más reconocidas en el país, en las elecciones presidenciales del 2014, y luego en las locales de 2015, termina haciendo campaña política por un partido cuyo nombre no quiero nombrar porque ya todos saben cuál es, cuyo líder ha defendido una y otra vez la opción militar como salida al conflicto armado, que está en contra de los procesos de negociación política del conflicto, y muchos de sus militantes han sido vinculados en diversos momentos con los proyectos ligados al paramilitarismo. Es inevitable la pregunta: ¿Cómo así? Si estas víctimas son las que han sido afectadas por toda esta guerra, muchas de ellas sufrieron la acción de los paramilitares en su propia historia, ¿Qué ha pasado ahí? Son las preguntas que a mí me embargan en este momento y yo pienso que ahí hay un uso político de las víctimas que se presenta también y se ha presentado en otros contextos, en España es muy fuerte esa discusión del uso político de las víctimas. Se construyen memorias que van configurando imaginarios colectivos donde se legitiman cosas.

De allí que sea necesario volver al principio y deconstruir la relación lineal y causal entre memoria

y sanación, reconstrucción de tejido social, transformación, etc. En primer lugar, porque la memoria, como la percepción siempre es parcial, fragmentaria, es una construcción social (Vásquez, 2001). Elizabeth Loftus (2005; Laney & Loftus, 2008) en sus investigaciones sobre testigos judiciales llegaba a la conclusión que intentar generar una adecuación de la memoria, del relato de la memoria con unos hechos era imposible, puesto que siempre los mismos testigos tendían a contar las historias siempre con detalles nuevos, otros cambiados, otros ligeramente diversos donde lentamente se perdía el referente de lo que era lo real. Así pues, cada sujeto recuerda según su experiencia y no hay un referente de verdad absoluta, sólo una verdad narrativa donde el testimonio lo que intenta es que haya credibilidad en la historia contada, es decir, un nivel de veracidad y sinceridad en lo que se cuenta.

Aun así, cada quien construye estos testimonios, estos relatos de memoria desde sus marcos sociales, desde su propia subjetividad, desde sus intereses, atravesados por dimensiones éticas y políticas diversas, desde visiones de mundo contrapuestas, en un lugar existencial, desde una clase social, un marco cultural, incluso una dimensión étnica, generacional y de género diversa. Todo esto llevó a Elizabeth Jelin (2002) a plantear que las narrativas de memoria eran un territorio de disputas, donde se daban juegos de poder (Cfr. Villa, 2009), que la relación lineal entre memoria histórica y respeto a los derechos humanos, o como base de reconstrucción de la sociedad no podía establecerse ingenuamente, porque también las memorias de la llamada “historia oficial” están circulando, junto con otras. De allí que invocó la necesidad de formar y constituir emprendedores de memoria que puedan dar cuenta de los diversos juegos del poder y del lenguaje que se tejen en los procesos de memoria, entendiendo que su democratización pasa por posibilitar un escenario equitativo a todos los relatos y discursos, posibilitando marcos más amplios de comprensión de la historia, a lo cual denominó con Todorov (1995, 2002) memoria incluyente.

Ahora bien, en estos juegos de poder, quienes tienen un diferencial en términos de recursos, pueden disponer, proponer o imponer plantillas narrativas que se hacen dominantes en un momento histórico (Werscht, 2002, 2008). Así la plantilla narrativa que ubica a la víctima en el lugar de padecimiento, sufrimiento y desamparo termina por imponerse, porque es rentable al status quo, porque se resigna, porque se concibe desde un lugar de vulneración y no de poder, porque cuando incluso reclama y reivindica lo hace sobre asuntos que no tocan las relaciones estructurales, porque demanda asistencia, ayudas, atención, pero no transformaciones del orden social. Pero, de otro lado, una víctima que no quiere estar en ese lugar, que se empodera y se compromete en ejercicios de transformación de ese orden social, pasa a convertirse en molesta e incómoda para un ejercicio de poder institucional. Esto es lo que intentaré aclarar de aquí en adelante.

Usos de la memoria.

¿Por qué estas escenas? Yo creo que la memoria social, colectiva e histórica son relatos y narrativas, pero son relatos y narrativas que construyen subjetividad, identidades y realidades históricas, construyen realidad y estos relatos y narrativas se enmarcan en plantillas esquemáticas (Castillejo, 2007, 2008) como si se fueran “enlatando” testimonios, éste se envasa en un “empaque” a la medida del poder, se pone dentro de una matriz, una plantilla de la cual es complejo salirse (Werscht, 2002, 2008; Hamber, 2011; Laplante & Theidon, 2007) y el relato líneal: era feliz, luego vino el hecho que marcó la vida y la destruyo, y luego desde ahora la vida gira en torno a ese hecho, e incluso así se haya recuperado o se siga en una situación adversa, se mantiene la historia vital girando en torno a este hecho victimizante.

Si la persona cuenta que es una resistente, como nos encontrábamos en el municipio de San Carlos (Villa & Insuasty, 2016b), si dice que no le doblegaron, si apunta que no le interesa el marco legal de la reparación, sino que apunta a transformaciones de orden estructural, si no se reco-

noce como víctima sufriente y tiene una lectura de sí misma como confrontadora del orden institucional; si su historia habla de cómo ha tomado conciencia de la violencia estructural y de la necesidad de transformar las relaciones sociales, el marco económico y político, esta “víctima” ya no cuenta, y sus espacios de testimoniar se coartan, se tienden a cerrar, por lo menos en los escenarios de la acción institucional.

Daniel Bar-Tal (2003), psicólogo israelí, nos ha presentado muchas investigaciones en las cuales nos muestra cómo los relatos de memoria han sido utilizados por el estado de Israel sistemáticamente vinculándolos a emociones de odio, rabia, resentimiento y venganza para poder construir una plantilla narrativa de su propia historia que les ubica, como pueblo, en un estatuto de víctima (Vidal Naquet, 2002; Zerubavel, 2001): salieron desde Egipto donde habían sido esclavizados, el norte arrasado por los asirios, los habitantes de Judea fueron llevados a Babilonia; posteriormente invadidos por los griegos, por los romanos, quienes en el siglo I destruyeron el templo de Jerusalén en Roma para luego ser dispersados por el mundo; expulsados de la España de los reyes católicos en 1492, todas las ejecuciones sufridas durante los siglos XVII, XVIII y XIX en Europa y el holocausto Nazi. Todo es la misma línea, todos contra el pueblo judío, y eso ligado a nociones de resentimiento y venganza para justificar la acción contra el pueblo palestino. La memoria se puede utilizar para eso. Todo un sistema de memoria en el estado israelí. Y desde este lugar se constituye un estatuto de víctima en la que se le permite todo, es decir, la venganza, la guerra preventiva, el ataque al posible “enemigo”. De tal manera que también hay memorias oficiales victimistas, es más, de acuerdo con Todorov (1995, 2002) casi todas las memorias oficiales suelen ser victimistas, porque desde este lugar se legitima la propia violencia sobre el adversario.

James Wertsch (2002, 2008), es un investigador norteamericano que trabajó mucho tiempo en Rusia con los discípulos de Vigotsky. También

plantea el tema de las plantillas narrativas y estudió cómo los rusos han construido también una plantilla sobre su propia historia, que enmarca las memorias colectivas como pueblo: Ellos siempre son invadidos, los están atacando, incluso el invasor alcanza a llegar muy lejos; pero luego, de la nada, ellos se levantan y expulsan con heroísmo al invasor. Ahora, este discurso les legitima para poder hacer la guerra, porque logra vehicular emociones y cogniciones, porque los relatos de memoria no son neutros están ligados a dispositivos de poder y vinculan emociones como el dolor y el sufrimiento o la rabia y el odio o el perdón y el olvido o la reconciliación y la esperanza o la indignación y la justicia o la elaboración de los duelos, de la transformación; o se pueden entremezclar. Todo depende de los usos que se hagan, de los dispositivos de poder, los estatales o los de gran capital, pero también los usos que desde las organizaciones de víctimas o de la sociedad civil se puedan implementar.

Estas plantillas son cognitivas, narrativas, emocionales, configurando una representación social que posibilita la construcción de enemigo. En Isarel por ejemplo es muy clara (Bar-Tal, 2003). Aquí en Colombia este tipo de dispositivos se han vinculado de una manera muy fuerte, en los últimos años, a la extrema derecha. Es posible identificar un hilo común que urde la relación de los mecanismos antes descritos en un tejido cohesionado que condiciona la prolongación de un conflicto. Podría afirmarse que lo ideológico cumple este papel, si lo comprendemos desde una perspectiva psicosocial (Martín-Baró, 2003), como aquello que penetra las dinámicas políticas, económicas y sociales de los grupos, regiones o países en conflicto; se trata de una carga simbólica, un discurso que beneficia los intereses y valores concretos de ciertos grupos sociales, logrando configurar en el resto de la sociedad lo que se ha denominado *ethos psicosocial*, es decir, un conjunto de narrativas del pasado (a manera de memorias colectivas) y del presente, representaciones y significados sociales y emociones políticas (Nussbaum, 2014; Bar-Tal & Halperin, 2014) que definen un

sentido común y atraviesan la subjetividad de hombres y mujeres, cristalizando en una cultura que favorece el conflicto y obstruye la paz.

Estas memorias crean una diáda que se descontextualiza de todo lo demás y se convierte en marco de significación para la realidad. Hay unas víctimas y unos victimarios, y en la trampa de esta diáda, se instalan proyectos de poder que invisibilizan situaciones estructurales que afectan a la población en su conjunto. Por ejemplo, proyectos económicos en relación con la posesión y la propiedad de la tierra; políticos, en relación con el control del Estado, desde el nivel local, hasta el nivel nacional; etc. Y si la memoria devela estos proyectos, inmediatamente esta memoria se descalifica y se reprime. De allí que Beatriz Gentile (2015) invite a la necesidad de una memoria del Mal, en toda su dimensión, no sólo en relación con la violación de derechos humanos, sino en todo su engranaje estructural que es el que posibilita y enmarca la violencia y la exclusión.

También puede identificarse la plantilla narrativa de la víctima sufriente (Castillejo, 20007. 2008), que puede tener tres imágenes: igualar a la víctima de violencia política con la de una catástrofe natural: “el damnificado”, pero es que estamos hablando de acciones violatorias de los derechos humanos, de destrucción intencionada marcada por intereses sociales y políticos y eso no es una catástrofe natural y sin embargo la imagen que se construyen en esos relatos de los que hemos venido hablando es la del damnificado. La segunda es la víctima traumatizada, la que más nos gusta a los psicólogos; aquella que está llena de traumas, de situaciones patológicas, y felices los psicólogos porque tenemos trabajo: con casi 8 millones de víctimas para atender desde esa perspectiva. Entonces hay todo un discurso creado en torno a la traumatización de la víctima; y en general, aunque han vivido ha el horror, realmente muy pocas pasan por procesos psico-patológicos para ser nombrados de esa manera. Sin embargo, es una narrativa muy poderosa que incluso impide o bloquea el desarrollo de alternativas de intervención psicosocial desde abajo, promoviendo los

procesos de resiliencia y resistencia de las comunidades (Cfr. Villa & Insuasty, 2016b, Villa, 2016 a, b). La tercera imagen de la víctima sufriendo, con todo el respeto, es la víctima lacrimógena, la víctima mediática, la víctima que vende... En este caso son vehiculizados sus relatos y sus emociones para movilizar sentimientos, pero no para generar conciencia y eso es delicado. La cuestión es que todo esto se construye desde relatos, narrativas y discursos de memoria.

¿Por qué pasa esto cuando se supone que nunca antes se había hecho memoria como se está haciendo? cuando casi tenemos un ministerio de la memoria. El Centro de memoria histórica con sus informes del “¡Basta ya!, los informes especiales, la comisión de esclarecimiento, los informes temáticos en los casos emblemáticos. Es evidente que nunca como antes habíamos hecho tanta memoria. Pero la plantilla que tiende a imponerse es la de la banalización de la memoria: se tienen museos, se hacen monumentos, se hacen libros, obras de arte, informes e investigaciones, pero esto en sí mismo no es reparador. La clave es el cómo se hace; porque en muchas ocasiones y no pocas, estas acciones surgen más desde la necesidad institucional, por el cumplimiento de una ley, porque se debe hacer lo políticamente correcto, porque se debe incluir en un proyecto, porque es necesario “satisfacer” un derecho.

Pero no se hace desde los procesos que la gente viene desarrollando, se toma poco en cuenta lo que la gente quiere decir, y se hace más énfasis en lo que las instituciones queremos escuchar. Desde allí, entonces, se construyen estas plantillas narrativas que estamos presentando, y de esta manera la gente termina contando lo que los investigadores, lo que las instituciones quieren escuchar. Hay un texto de Molly Andrews (2007), muy significativo sobre la comisión de la verdad y la reconciliación (CVR) en Sudáfrica. La autora plantea que la CVR recibió de muy buena forma todos los relatos que estuvieran enmarcados en las emociones del dolor y el perdón, que se les daba cierto espacio y cierta aprobación. Pero cuando emergían discursos desde la rabia, el

odio y el sentimiento de retaliación, no tenían la misma difusión, apertura y acogida. De otro lado, los investigadores estaban más centrados en recoger los hechos y recuperar los acontecimientos, mientras que otras dimensiones quedaban borradas, en relación con la experiencia familiar, comunitaria y personal. Finalmente, se desconoció absolutamente la dimensión de la violencia estructural; con lo cual, el régimen del apartheid se transformó en relación con la dimensión política, pero en términos económicos los negros sudafricanos siguen siendo sistemáticamente excluidos, además de evidenciarse un aumento en los niveles de violencia social y cotidiana luego del proceso de la CVR y el fin del régimen (Castillejo, 2007, 2008).

En nuestro contexto: ¿Por qué la percepción de la gente de San Carlos sobre sí mismos? ¿Por qué los discursos victimizantes polarizados? ¿Por qué líderes y lideresas formados asumen un lugar de demanda o queja y no de construcción y transformación? ¿Qué memoria estamos construyendo? Simplemente como una medida de satisfacción dentro de unos “ejercicios de reparación de un daño”. Se están construyendo memorias y se está haciendo reparación desde una perspectiva en donde se generan relatos domesticadores, nos vamos acostumbrando a eso, se hace parte del paisaje: paralizante, victimizante, quiero utilizar una expresión de Martín Baró (1998): “fatalizante”; es decir, pareciera que el relato que se empieza a imponer en los últimos años es este relato que está muy bien encuadrado, domesticado que refuerza el fatalismo, que no va al fondo de nuestros conflictos históricos.

Desde una perspectiva psicosocial muchas de estas memorias no permiten ver el fondo ni la complejidad de nuestros conflictos históricos; pero además llevan a que la gente deje de ver toda la potencialidad que hay en su propia historia de vida, historia que también ha sido de resistencia, como nos lo decían los campesinos de San Carlos (Cfr. Villa & Insuasty, 2016b). Así las plantillas narrativas que se están construyendo se convierten en una forma de diluir la propia subjetividad, la fuerza

que puede tener el testimonio cuando se nombra desde un lugar de poder personal y colectivo. Es paradójico: se pierde contacto consigo mismo, con

la colectividad y se asume un ROL, un rol asignado en el escenario de transacción que plantea la ley 1448 y los procesos abiertos por el Estado y otras instituciones: se asume el rol de víctima. Y esto es grave.

Quiero decir que se debe hacer una diferenciación. En un país como Colombia es fundamental en términos jurídicos y políticos que se reconozca que hay víctimas y que se les reconozcan sus derechos. Esto ha sido un logro fundamental del movimiento social, de las luchas por el respeto y la reivindicación de los derechos humanos. Sin embargo, en términos psicosociales, cuando se confunde este estatuto jurídico, necesario y fundamental, con un estatuto identitario y la gente se asumen desde el rol asignado a la víctima, asumiendo o bien el papel de “damnificado”, o bien de “traumatizada”, de “pobrecita”, esta asunción de rol y las narrativas que le acompañan terminan domesticando, subordinando y finalmente maniatando y obstruyendo la lucha social y política de las personas afectadas por el conflicto armado; pero también invisibilizando la violencia estructural, la opresión histórica, la exclusión sistemática y la explotación económica que ha sufrido una muy buena parte de la población colombiana.

Así pues, el relato de memoria termina siendo contraproducente a los propios intereses de las comunidades y de la gente que necesita la transformación de un orden social. Las víctimas terminan siendo “llevadas” a múltiples escenarios sociales a dar “testimonio” dentro de esta plantilla sentimental, estetizante y lacrimógena, banalizada que paradójicamente no se escucha, que no logra convocar a esta sociedad para transformar ese ethos

En un país como Colombia es fundamental en términos jurídicos y políticos que se reconozca que hay víctimas y que se les reconozcan sus derechos. Esto ha sido un logro fundamental del movimiento social, de las luchas por el respeto y la reivindicación de los derechos humanos.

psicosocial que apoya la guerra, que mantiene el statu quo y que poco se preocupa por la realidad histórica, social, económica y política de esta gente, que habla de su dolor y

su sufrimiento; mientras la opinión pública se sigue construyendo desde nuestras casas acomodadas, en un zapping permanente donde se pasa de estos testimonios a las curvas de las modelos, los goles en el fútbol y el último chisme de la farándula.

Mientras sea así, estas memorias se toleran, se promueven y se presentan. Pasan a ser parte de una parafernalia performativa que se queda en la superficie, tanto en el nivel psíquico, como en el sociopolítico y cultural. Pero cuando comienzan a tocar intereses, cuando hablan del poder de la gente y su deseo de cambio social, cuando interrogan la conciencia de esta sociedad y ponen en aprietos la aparente moral del establecimiento, en este mismo momento, se hacen memorias peligrosas (Gentile, 2015). Y allí, se les dificultan escenarios de expresión y difusión, se cierran puertas y se niega la posibilidad de una identificación social y cultural con el conglomerado social.

Finalmente, estas memorias victimistas pueden pasar a la “reificación de la víctima”, es decir: como han sufrido, como han vivido tantas cosas, casi que se pasa a legitimarles todas sus acciones, instaurándose en lugar de “demanda permanente”, no en términos jurídicos, sino psicosociales; donde las personas se desempoderan de su vida y su historia y comienzan a esperar que sean otros quienes den soluciones, otros quienes resuelvan, asumiendo la funcionalidad del rol: la pasividad que espera la “atención”, la “asistencia”. Es decir, se convierten en “beneficiarios” de proyectos (del Estado o de ONG), lo cual es muy conveniente para las estructuras de poder. Se termina infantilizando a la gente y se establece una relación funcional entre las instituciones que prestan los servicios de atención y reparación, con los “usuarios” de estos servicios, que, en vez de un lugar de ciuda-

danía, son sujetos de una obra de beneficencia o caridad, por la cual deben estar agradecidos, sin entrar a cuestionar lo estructural; porque al final su reclamo se quedará en los marcos limitados de esa atención, es decir: si hay o no hay refrigerio. De esta manera, la intervención, las plantillas de memoria establecidas, terminan confinando cualquier acción de resistencia.

Yo sé que hay organizaciones que están haciendo resistencia y que lo están planteando de esta manera. Pero estoy hablando del imaginario colectivo que se está construyendo, hablo de contextos como la ciudad de Medellín, el municipio de San Carlos, el Oriente Antioqueño, el sur de Córdoba, donde por lo menos, hemos realizado varias investigaciones sobre estos temas. Pero según información que empieza a circular en diversos espacios, esto también está pasando en otras de las grandes ciudades. Así pues, no se desarrollan a través de la acción de memoria colectiva un trabajo de concientización, tal como Martín-Baró (1998) planteó para superar el fatalismo de nuestros pueblos.

Estamos ante escenarios de memoria que no reconstruyen y ni empoderan a los colectivos y no facilitan la reconstrucción del tejido social, que siguen individualizando el sufrimiento y privatizando el dolor, porque dejan precisamente claro que ese es un problema de las víctimas. Que nos muestran a las víctimas en los medios de comunicación, nos muestran los testimonios, nos muestran todo eso como si no fuera un problema del país todo lo que ha pasado y la forma en como se ha desestructurado el tejido social, la sociedad y los problemas sociales, políticos y económicos que hay o que han estado detrás de ese conflicto.

Una mujer en San Carlos decía que estos procesos parecían tener una dimensión maquiavélica. Cuando le preguntaba “¿cuándo dices Maquiavélica es como que el Estado tuviera una intencionalidad al dar la ayuda? o sea, ¿qué pretende dar con la ayuda además de pagar el daño?”. Ella me respondió: “pagar el daño para mantenerte siempre dormido, para que tú no pienses como vas a solucionar tus

problemas. La gente bendice al gobernante que está patrocinando, que pasó acá todo tipo de atrocidades que se cuentan, que se dicen, porque simplemente va y le estira la mano y le da una libra de arroz, yo soy de las que creo que necesitamos un Estado garante de derechos, pero no que patrocine la mendicidad” (Villa & Insuasty, 2015). Pero no solamente del Estado, yo creo que es una pregunta que nos tenemos que hacer todos y todas los que hemos trabajado tanto tiempo en la defensa de los derechos humanos ¿Por qué se usa tanto, esa plantilla del testimonio que está predominando, tan recordado a esas características?

Qué memoria se debe construir.

En ese sentido me pregunto para no quedarme en esa sensación de desesperanza: ¿qué memoria necesitamos? Pienso unos elementos:

Una memoria incluyente.

Que incluya obviamente todos los tipos de víctimas, pero no solamente eso; sino también los relatos de resistencia y los relatos históricos, que confronte a los poderes hegemónicos en nuestro país. Una memoria concientizadora (Martín-Baró, 1998, 2003) que revele las identidades construidas históricamente, que nos muestre la indolencia en la que vivimos, que nos la ponga de frente y que nos confronte para salir de ella; y hablo de toda la sociedad, no solamente una memoria de las víctimas, sino una memoria de toda esta sociedad, una memoria integral porque es compartida, trabajada por todos los miembros del colectivo social.

Una memoria desde abajo.

Donde la gente sea la protagonista, que implique una reconstrucción de vínculos, donde se compartan las historias de cada uno y de todos; para que estas historias puedan enlazar el presente con el pasado y el futuro en una ampliación cognitiva y de significado, porque la vida es mucho más que el hecho victimizante. Para esto la metodología y los espacios de grupos de apoyo mutuo, son escenarios propicios, porque permiten la escucha colectiva, la valoración de cada historia, la reconstrucción de la confianza, la identificación con el

dolor de todos, el fortalecimiento de las relaciones, el afrontamiento de muchos miedos (Villa 2014a, B, 2016b; Villa & Insuasty, 2016b).

Esto implica un proceso de reconstrucción del tejido social, una forma del apoyo psicosocial desde abajo que sigue pidiendo un espacio para ser implementada como mediad real de reparación. Como los procesos documentados por AVRE (2001) y Villa (2013, 2014, 2015, 2016a, b; Villa et al. 2007). Este tipo de espacios se suelen separar de los espacios de reconstrucción de memoria, y quizás no sea ese el camino; sino que es fundamental integrarse en procesos de reconstrucción desde abajo, interconectando las diversas dimensiones. Así se fortalecen las organizaciones de base, para que no sea simplemente ir tomar testimonios y luego publicarlos, sino que se fortalece la movilización para retomar los espacios públicos, como en muchos escenarios se está haciendo.

Aquí el cómo es fundamental. Para ello se hace necesario hacernos varias preguntas: los procesos que se están desarrollando ¿vienen de la gente? ¿la recogen y la incluyen? ¿respetan las dinámicas propias de la población, se insertan en su devenir histórico y sociocultural? O, por el contrario, ¿responden a unos objetivos, indicadores, metas y presupuestos de un proyecto? Una memoria desde abajo responde afirmativamente a las primeras preguntas y relativiza lo segundo, porque desde allí, los proyectos y apoyos se subordinan a la autodeterminación de las comunidades, a sus propios saberes y procesos y se posibilita su propio empoderamiento.

Una memoria para el empoderamiento y la resistencia.

En este punto la memoria permite el paso de víctimas a ciudadanas, a sujetos políticos, con lo cual se rompe el modelo sentimental y sufriente, para dar lugar a la identidad de la fortaleza y la capacidad, la potencia y la posibilidad de levantarse y reconstruir. Esta memoria no es ciega a la dimensión estructural, por lo que lleva a la movilización y la acción. De esta forma las memorias construidas evidencian la fuerza y la resistencia

de la gente; y no solamente estos relatos que obviamente nos conmueven y que cuentan parte de la verdad. Necesitamos que nos muestren cómo la gente se ha sobrepuesto, cómo la gente ha vivido, cómo han sido sus costumbres, cómo ha reconstruido, cómo ha retornado, cómo afrontó los peores momentos, y en fin, cómo sigue creyendo, actuando y luchando por una sociedad mejor... Porque cuando esto sucede la gente recupera su dignidad, sus proyectos de vida, lo que implica una nueva conciencia histórica que afronta incluso nuevas arremetidas de injusticia y exclusión.

Por ejemplo, en el municipio de San Carlos, algunas comunidades indicaban que el papel de la memoria era fundamental para poder seguir luchando por permanecer en las tierras en confrontación con megaproyectos de desarrollo que quieren apoderarse del territorio. La lectura de los desplazamientos y las violencias del pasado, son fundamentales para poder resistir y organizarse, para evitar ser nuevamente excluidos y despojados, tal como lo referían en relación con la construcción de la represa Porvenir II. En este sentido y de acuerdo con Todorov (1995), la memoria deja de ser literal para convertirse en una memoria ejemplar.

Una memoria paciente.

Y esto implica procesos, es decir, tiempo. Los proyectos de memoria que se ejecutan pretenden ser de seis meses, ocho meses a lo sumo un año... Y en ese tiempo no se reconstruye tejido social. Se necesita tiempo. Hay que cambiar la lógica burocratizadora y tecnocratizante para que vaya más allá del experto, para que, al construir desde abajo, se pueda realizar en los tiempos de la comunidad. Como un trabajo de duelo, pero también como un trabajo de memoria que transforme ese dolor, fortaleciendo esas comunidades y colectivos, identificando a los responsables y sus responsabilidades; y finalmente, que evidencie estructuras, procesos y relaciones no solo de violencia directa sino de violencia estructural, es decir, de dominación, de explotación y exclusión para que realmente nos podamos movilizar hacia las transformaciones de los

problemas que están a la base del conflicto, es decir una memoria que reconstruya al sujeto político, individual y colectivo comprometido con acciones sociales transformadoras para que no empiece a pasar lo que siento que empieza a pasar y es que parece que con la memoria pasa como aquello que se dice: “aquello con lo cual o sin lo cual todo queda tal cual”, y eso me parece muy triste si después de este momento histórico desaprovechamos la oportunidad para darle un giro y transformaciones radicales y estructurales a la configuración de nuestra sociedad y nuestro Estado. ■

Bibliografía.

- Andrews, M. (2007). “Pero si no he acabado... Tengo más que contar”: Las limitaciones de las narraciones estructuradas de los testimonios públicos. *Antípoda*(4), 147 – 159.
- Barrero, E. (2006). *Estética de lo atroz: de los pájaros azules a las águilas negras*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Martín-Baró.
- Bar-Tal, D. (2003). Collective Memory of physical violence: its contribution to the culture of violence. En E. Cairns, & M. D. Roe, *The Role of Memory in ethnic conflict*. New York: Palgrave, Macmillan.
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2014). Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15-30.
- Castillejo Cuéllar, A. (2007). La globalización del testimonio: historia, silencio endémico y los usos de la palabra. *Antípoda*(4), 76 – 99.
- Castillejo Cuéllar, A. (2008). The invisible corner: Violence, terror and memory during the state of emergency in South Africa. *Humanities and Social Sciences*, 69(3), 9-30.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia 3R: Reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos invisibles de la guerra y la violencia*. Bakeaz.
- Gentile, M. B. (2015). El recuerdo del “mal”: Historizar la memoria. *El Ágora USB*, 15(2), 365-374. Obtenido de [http://](http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/1619)
- revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/1619
- Gergen, K. (2007). La autonarración en la vida social. En A. & Estrada Mesa, *Kenneth Gergen: Construccionalismo social, aportes para el debate y la práctica* (págs. 153 – 188). Bogotá: Uniandes – Cesó.
- Hamber, B. (2011). *Transformar las sociedades después de la violencia política. Verdad, reconciliación y salud mental*. Barcelona: Instituto Catalán Internacional para la Paz.
- Hamber, B., Nagen, D., & O'Malley, G. (2000). “Telling it like it is...”: Understanding the truth and reconciliation commission from the perspective of survivors. *Psychology in Society*(26), 18-62.
- Hamber, B., & Wilson, R. (2002). Symbolic Closure through memory, reparation and revenge in post-conflict societies. *Journal of Human Rights*, 1(1). Obtenido de <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.603.262&rep=rep1&type=pdf>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria* (Vols. Serie Memorias de la represión, Tomo I). Buenos Aires - Madrid: Siglo XXI Editores.
- Laney, C., & Loftus, E. (2008). Emotional content of true and false memories. *Memory*, 16(5), 500-516.
- Lapante, L., & Theidon, K. (2007). Después de la verdad: Demanda para reparaciones en el Perú poscomisión de la verdad y la reconciliación. *Antípoda*(4), 119 – 145.
- Loftus, E. F. (2005). Planting Misinformation in the Human Mind: A 30-Year Investigation of the Malleability of Memory. *Learning and Memory*(12), 361-366.
- Martín Beristain, C. (2009). *Diálogos sobre la reparación*. Quito: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.
- Martín-Baró, I. (1998). El Latino Indolente. En

- (. A. Blanco, *Psicología de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Nussbaum, M. C. (2014). *Emociones políticas ¿por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Paidós, Estado y Sociedad.
- Ricoeur, P. (2006). La vida: un relato en busca de narrador. *En Agora: papeles de filosofía*, 25(2), 9-22.
- Todorov, T. (1995). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, T. (2002). *Memoria del mal, Tentación del bien*. Barcelona: Ediciones Península.
- Vásquez, F. (2001). *La memoria como acción social: Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Vidal-Naquet, P. (1996). *Los Judíos, La memoria y el Presente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Villa Gómez, J. D. (2009). La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no violenta. En *Recordar en conflicto. Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: ICTJ.
- Villa Gómez, J. D. (2012). La acción y el enfoque psicosocial de la intervención en contextos sociales: ¿podemos pasar de la moda a la precisión teórica, epistemológica y metodológica? *El Ágora USB*, 12(2), 349-365. Obtenido de <http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/208>
- Villa Gómez, J. D. (2013a). Memoria histórica desde las víctimas del conflicto armado: Construcción y reconstrucción del sujeto político. *Revista Kavilando*, 11-23. Obtenido de <http://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/96>
- Villa Gómez, J. D. (2013b). The role of collective memory in emotional recovery of political violence in Colombia. *International Journal of Psychological Research*, 6(2), 37-49. doi:<http://dx.doi.org/10.21500/20112084.674>
- Villa Gómez, J. D. (2014a). *Recordar para Reconstruir*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- Villa Gómez, J. D. (2014b). Memoria, historias de vida y papel de la escucha en la transformación subjetiva de víctimas / sobrevivientes del conflicto armado colombiano. *El Ágora USB*, 14(1), 37-60. Obtenido de <http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/119>
- Villa Gómez, J. D. (2016). Intervenciones psicosociales en el marco de acciones de reparación a víctimas del conflicto armado colombiano. *Revista ECA*, 71(744), 81-104. Obtenido de http://www.uca.edu.sv/upload_w/20/file/744/5-%20Juan%20David%20Villa.pdf
- Villa Gómez, J. D. (2016). Perdón y reconciliación: Una perspectiva psicosocial desde la noviolencia. *Revista Polis*, 1-22. Obtenido de <https://polis.revues.org/11553>
- Villa Gómez, J. D., & Insuasty Rodríguez, A. (2015). Significados en torno a la reparación, la ayuda humanitaria, la indemnización y la restitución en víctimas del conflicto armado en el municipio de San Carlos. *El Ágora USB*, 15(2), 419 - 445. Obtenido de <http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/1623>
- Villa Gómez, J. D., & Insuasty Rodríguez, A. (2016). Entre la participación y la resistencia: reconstrucción del tejido social desde abajo en el municipio de san carlos Más allá de la lógica de reparación estatal. *El Ágora USB*, 16(2), 453-478. Obtenido de <http://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/2442>
- Villa Gómez, J. D., Tejada, C., Sánchez, N., & Téllez, A. M. (2007). *Nombrar lo Innom-*

brable. Reconciliación desde la perspectiva de las víctimas. Bogotá: Cinep. Obtenido de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100915105003/Nombrarloinnombrable.pdf>

Wertsch, J. (2008). Collective Memory and narrative templates. *Social Research*(75), 133 – 156.

Wertsch, J. W. (2005). *Voices of collective remembering*. New York: Cambridge University Press.

Zerubavel, E. (2003a). *Time Maps: Collective Memory and the Social Shape of the Past*. Chicago: University of Chicago Press.